

con sus rayos á cuantos participaban de su ardiente existencia el pobre enfermo con quien Diana se habia casado, parecia renacer y reverdecer.

Quizá no estaba tan gravemente atacado como los médicos y sus amigos habian dejado entrever.

Quizá su aislamiento, sus preocupaciones constantes, las privaciones de todo género impuestas por la facultad, le habian reducido á tan lastimero estado.

Actualmente, parece mas válido;
Sus ojos tienen mayor brillo;
Su tez está menos empañada;
Sus piernas le sustentan con facilidad;
Sonríe;
Conversa;
Está alegre;
Es feliz!

Todos habian dicho:

El infeliz se casa para tener un compañera, una amiga, una lectora, una enfermera; hay que acusarle!

¡Error! ¡error gravísimo!

Sean todos que se ha casado con una mujer, y si bien se analiza, quizá descubriríamos en él pretensiones á ser un verdadero marido.

Con el paso que lleva, y mientras los tapiceros trabajan todavía en la Sauviniere, es capaz de hacer amueblar una habitación para sus hijos venideros.

¡No duda ya de nada el buen de Sery!

Diana, pensativa, observa esta convalecencia, este retoño, que evidentemente no habia previsto.

¿La habria engañado el señor de Sery?

Así como esos cardenales que se fingen enfermos y moribundos para decidir á sus colegas á elevarlos al papado, y que echan lejos de sí su caducidad y sus muletas el día en que el

Sacro Colegio, creyendo en su próxima muerte, les sienta en el trono pontificio ¿no podia, el marido de Diana, para conseguir casarse con ella con mas seguridad, haber simulado el papel de enfermo?

¿Por qué no se habria dicho:

Ella esperará heredarme pronto, contraer segundas nupcias á su gusto y aceptará mi mano; pero yo viviré, viviré largo tiempo, y calentaré mi languideciente vejez á su verde juventud?

El buen señor es incapaz de haber hecho tal cálculo.

El nunca se ha creído tan enfermo como le decian, y tal vez no lo está tan gravemente; pero indudablemente se habria extinguido en breve, en el seno de su soledad y tristeza.

Hoy recobra las fuerzas y la confianza porque imagina tener junto á sí á una amiga adicta, á una mujer amante.

Indulgente para con todos, servicial, incapaz de hacer el mal y de creer en él, presta á cuantos la rodean los buenos pensamientos de que su corazón rebosa.

Diana, decia él para sus adentros, puede llegar á amarle, en agradecimiento del bien que le ha hecho, del lujo de que la ha rodeado, de la posición que actualmente ocupa, y de la fortuna que le legará.

Diana debe estar enamorada de su gran adhesión, y ¿por qué no confesarlo? de su amor.

De su amor, sí.

El corazón no tiene edad, según dijo un sabio; y este anciano ama, quizá por vez primera en su vida.

Ama y... desea.

Desea, tanto mas vehementemente, cuanto que, en el temor, según aseguran, de ver agravarse el mal que padece, le suplican que sea razonable y que se deje curar radicalmente, antes de pensar en usar de sus derechos conyugales.

Estos consejos van acompañados de una tan dulce voz, de tan adorables mimos, de miradas tan tiernas, que el buen se-

ñor cree escuchar al ángel de la Esperanza, y para merecer el paraíso que se le deja entrever para un tiempo no lejano, consiente en dejarse nada mas que cuidar.

Así pues, en lo moral, plena satisfaccion.

De Sery cree en su salud, y espera en su amor.

En lo físico: reposo absoluto, vida sana y fortificante.

No podrian los médicos recetar mejor, y el castellano de la Sauviniere, va de día en día mejorando á ojos vistas.

Por su parte, Diana, cada día está mas pensativa.

¿Se habrá casado quizá con un... marido eterno?

Felizmente, el mismo señor de Sery vino á su auxilio.

Paulatinamente, al recobrar las apariencias de la salud, habia el desdichado visto desarrollarse su amor, y acentuarse sus deseos mas y mas.

Sentíase ágil, joven, refocilado y quiso hacer aprovechar á su pasión de tan inesperada primavera.

Largo tiempo luchó Diana Berard contra tales aspiraciones, intentando calmar tan intempestivo ardor.

Empleó mil stratagemas para retardar la hora del sacrificio.

Invocó á Esculapio, dios de la medicina, y á Minerva, diosa de la sabiduría.

¡Vanos esfuerzos!

El señor de Sery no respetaba nada ya, y tenia todas las audacias.

Fué menester resignarse, é inmolarse en el ara del deber.

Pero no estaba Diana de humor para hacer un sacrificio tal, sin utilizarlo para sus designios.

Por un momento, habia alimentado la esperanza de conservarse inmaculada á Luciano, de permanecer, segun la frase á la moda: *mujer de templo*, al par que siendo: *mujer de hogar*.

Se le oponian; querian infligir á su amor!

¡Pues bien!

Ya que no podia sustraerse á ello, resolvió *resarcirse*.

No fué, desde entonces, solo la mujer del señor de Sery, no.

Fué su querida.

Una querida complaciente en escés, sometida á todos los caprichos de su amante y siempre presta á satisfacerlos.

Representó la comedia del amor con infinito arte.

Hízose tierna, para que lo fuesen con ella.

Volvióse ardiente, para inspirar ardores siempre nuevos.

Tendido el espíritu hácia una meta única; impaciente y febril; decidida á todo género de martirios para abreviar el tiempo y devorar el espacio, inmoló sus pudores y adquirió, sin esfuerzos, por decirlo así, la ciencia de las mas hábiles cortesanas.

Demasiado enamorado para defenderse, de sobras inesperto para ver el peligro y huirlo, no supo el desventurado resistir á las seducciones del vicio.

Los dos amantes no se abandonaban ni un momento.

Desde por la mañana, un estudiado desayuno, ordenado la víspera por Diana, que no omitía ningun detalle, les ponía de jovial humor para todo el resto del día.

Segun el tiempo, retirábanse entonces al saloncito, se estuviaban en el bosque, ó bien montaban en una «cesta» tirada por dos *poneys* que la misma Diana guiaba, y, sin importuno cochero, cual enamorados tórtolos, dirijíanse á Prefaille ó á Saint-Gildas, á buscar la soledad y á respirar los vivificantes aires del mar.

Después de la comida, tan hábilmente aprestada como el desayuno, dignábase Diana admitir á su marido en la estancia antaño amueblada por ella con amor y que, en su mente, habia sido reservada á otros destinos.

Resignada, como hemos dicho, á todo género de sacrificios y contando, para acabar de trastornar al señor de Sery, con las

seducciones de aquel misterioso reducto hasta entonces cerrado, no habia vacilado en abrir sus puertas de par en par.

Todo concurría así á hacer del castellano de la Sauviniere el mas feliz de los hombres, el marido mas mimado, el mas amado amante.

Su vida era un encanto;

Cada uno de sus dias, un dia de fiesta, que hubiera podido celebrarse con este titulo: *la fiesta de los sentidos*.

Por lo que toca á su salud, no se preocupaba de ella. Y en verdad ¿tenia tiempo para preocuparse?

Las flores que le cubrian, le ocultaban la lividez de su rostro, y nadando en incesantes delicias, no podia ver su desmejora.

¿Cuál era la actitud de Lamí en presencia de esta nueva situacion?

Indudablemente éste habia observado los cambios sobrevinidos en las relaciones de los dos esposos, y sus observaciones habian sido tanto mas fáciles cuanto que, paulatinamente, supiera insinuarse en la intimidad de sus señores.

Diana habia empuñado las riendas de la casa, relegándole á un segundo término, pero un segundo término escelente, donde el amor propio del intendente no podia resentirse, y donde podia aun dirigir y ordenar.

Demasiado hábil para hacerse un enemigo irreconciliable de un hombre á quien un dia podria tal vez necesitar, habiale tratado con cierta consideracion, lisonjeando su vanidad y acabando por dispensarse para con él de su primitiva reserva.

El señor de Sery, á quien la sequedad de su intendente habia intimidado siempre, estaba hechizado de las buenas disposiciones de Diana tocante á Lamí y alentaba á su mujer en esta via de reconciliacion.

El intendente ha vuelto, pues, á ocupar su rango en el hogar del castellano.

Le ha visto recobrar alguna salud durante los primeros tiempos de su matrimonio, y luego desmejorar y decaer cual nunca.

No deja de adivinar en gran parte las causas de esta recaída, y si bien los cálculos de Diana se escapan á su penetracion, comprende, por lo menos, que el señor de Sery, enfermo y quincuagenario, se porta en su matrimonio como si no tuviera mas allá de veinte años.

Un hermano, un pariente, un amigo, se creeria poder permitirse ciertas observaciones, ciertos consejos.

Lamí se circunscribe á sus atribuciones de intendente, y no chista.

¿Por qué reserva tal de parte de un hombre habitualmente tan poco reservado?

¿Por qué tal discrecion cuando, por vez primera quizá, tendria derecho á ser indiscreto?

¿Por qué hacer traicion, indirectamente, con su mutismo, á un amo que le ha colmado de beneficios y al cual ha dado á menudo pruebas de sincera adhesion?

¿Por qué?

Porque Lamí, encontrándose en todo el vigor de su edad, ardiente, vigoroso, sensual, y cuyas relaciones amorosas no han pasado mas allá que de muchachas lugareñas ó de obreras de una ciudad de tercer orden, se ha dejado deslumbrar por la belleza y elegancia de la señora de Sery.

Enemigo suyo declarado, al principio, cuando solo pensaba en sus intereses, ha acabado por olvidarlos contemplándola y actualmente le tributa sincera adhesion.

La intimidad en que vive con ella, continúa manteniéndole fascinado.

La ve á todas horas; á cada momento habla con ella, y paulatinamente su cabeza se exalta.

Á veces le ha sucedido sorprenderla en el salon ó en una glo-

rieta, junto á su marido, y el espectáculo, semi-velado, de sus amores, le ha perturbado cruelmente.

«¡Ah! se ha dicho en tales ocasiones; si en vez de ese marido acabado, gastado, medio muerto, tuviese ella un amante como yo!»

Porque, no sospechando los designios de Diana y no conociendo su amor por Luciano d'Aubier, se la figura, sino enamorada del señor de Sery, por lo menos enamorada de voluptuosidad.

Entonces, toma en odio á ese marido indigno de sus riquezas y cuya vejez enfermiza marchita la belleza y la juventud de tan adorable mujer.

«Sus fuerzas se agostan cada día mas y mas, osa á menudo decir para sus adentros Lamí, al contemplar á su señor; ¡tanto mejor! así cesará mas pronto esa profanacion.

Y entonces, la imaginacion del intendente, no temiendo ir mas allá de esta muerte, añade:

«Soy un buen mozo, soy jóven, valgo mas que todos esos señoritos de la ciudad: ¿por qué, pues, no he de sacar provecho de mis ventajas?»

«¿Quién, cuando se encuentre ella viuda, la consolará, la calmará y apaciguará sus sentidos, que sus amores añejos han sobrecitado, sin jamás satisfacerlos?»

«¿Podria yo jurar, por otra parte, que ella no prevé el porvenir y que no piensa ya de antemano en mí?»

«¿No me deja, cada día, penetrar mas profundamente en su intimidad, y ayer, sin ir mas lejos, no me prodigó tiernísimas miradas?»

Algunas veces, el enamorado desaparecia, para hacer sitio a campesino advenedizo, ambicioso y ávido.

La Sauviniere, de que durante largo tiempo se creyera único propietario, le estaba decididamente reservada.

La señora de Sery, viuda, rica y loca por él, consentia en tomarle por esposo.

En los rancios libros que encontrara en el castillo, y que de antaño habia devorado: ¿no se veia á encopetadas damas casarse con gentecilla cuyos méritos ciertamente no podian parangonarse con los suyos?

Aquel castillo, aquellos bosques, aquellas praderas están destinadas para pertenecerle un día.

Y en tanto que el tiempo se desliza así en la Sauviniere; en tanto que el marido se muere; en tanto que la mujer entrevé el fin de su martirio y la realizacion de sus esperanzas; en tanto que el intendente acaricia sus quimeras, Luciano d'Aubier continúa desempeñando, como siempre, en Nantes, el cargo de sustituto.

En los primeros meses que siguieron al matrimonio de la señorita Berard, únicamente consiguió dominar sus recuerdos y calmar su sobrecitada imaginacion, dedicándose á un trabajo asíduo.

Hacia esfuerzos heróicos para olvidar á la que amaba, hasta el día en que ésta corriese á decirle: «Soy libre, dueña de una fortuna relacionada con tu posicion; trocados están los tiempos; nadie puede rehusarnos el derecho de ser felices juntos; casémonos.»

Verdad es, que sobre el particular, sentia algunos escrúpulos.

«No pecaria de falta de delicadeza casándose, ahora que estaba viuda y rica, con la mujer á la que antaño no se unió cuando era pobre?»

«Pero, en verdad, no era él quien deseara un dote.

«Habíalo intentado todo para enlazarse con Diana, á pesar de su pobreza, y no podia hacérsele responsable de las exigencias maternas.

«¿No tendria además el derecho de no tocar jamás á tal dote

y de trabajar sin tregua á fin de subvenir, con su fortuna personal, á la vida comun?

Mas todavía le preocupaban sus otros escrúpulos.

¿No se basaba la realizacion de su proyecto sobre la muerte de un bello sujeto, de quien nunca habia tenido motivo de queja?

¿No era indigno el basar su dicha y su fortuna sobre la desgracia de otro y especular con la muerte del prójimo?

Pero ¿dependia de él la tal muerte.

Sus deseos ¿podian precipitarla?

¿No haria él el sacrificio de todas sus esperanzas, antes que adelantar de un dia el fatal desenlace?

Si, despues de haber examinado su conciencia, le daban tentaciones de analizar la conducta de Diana Berard ¿no debia tambien declararla inocente?

¡Cómo no!

Durante mas de un año, el señor de Sery ha asediado á la bella jóven con sus homenajes, y ella los ha desdeñado.

Jamás Diana se ha dejado deslumbrar ni por su nombre, ni por el dote considerable que le aseguraba, ni por la magnífica herencia que la señora Desvignes parecia garantizar.

Ella ha despreciado todas sus seducciones antes de conocer á Luciano.

Las ha despreciado tambien, despues de haberle conocido.

Superior á tantas mujeres de su tiempo, no ha admitido que la fortuna pudiese entrar en lucha con el amor, y ha preferido, sin vacilacion, un pequeño sustituto de provincia á un gran propietario territorial.

Ni siquiera le ha bastado sacrificar los millones del señor de Sery, toda vez que, además, proponia inmolar su honor, haciéndose la manceba de Luciano.

Si, mas tarde, se ha casado con un marido aborrecido ¿no es este un sacrificio mayor todavía?

¿Podria ocurrírsele, ni por asomo, al que lo provocó, la idea de reprochárselo?

¿Saca provecho ella de su sacrificio?

¿Goza de su posicion?

¿Ha pensado, como otras tantas, en reemplazar la felicidad con el placer y las satisfacciones de vanidad?

¿Quién le impedia, despues de casada, correr á París y ser en breve una de las mujeres mas cortejadas, una de las reinas de la moda, ó bien, comprar en Nantes un suntuoso palacio, dar fiestas, asombrar á todo el mundo por su elegancia y su lujo y ocupar el primer rango en una sociedad donde precedentemente á duras penas se la acogia?

Á todos estos goces, ha preferido una vida digna, tranquila, retirada en el fondo de la campiña, junto á un marido anciano.

Ha querido que el sacrificio fuese completo y que Luciano no pudiese menos que decir: «Se ha casado por mí, por mí solo, en vista de nuestros amores, en vista de nuestro porvenir.»

Así juzgaba éste la conducta de Diana.

Con estas ideas vivió y esperó largo tiempo.

Pero los dias y los meses sucediéronse, y ninguna noticia directa vino de la Sauviniere.

Únicamente oia decir á veces á la señora Desvignes que el señor de Sery, precisado á personarse en Nantes por negocios, la habia ido á ver, y que el matrimonio parecia que lo probaba á pedir de boca.

Lo cual, como es de presumir, nada tenia de tranquilizador para Luciano.

Al mismo tiempo, sus recuerdos iban debilitándose de dia en dia, y se veia obligado á hacer ciertos esfuerzos de memoria para representarse aquellos rasgos, aquellas formas que antes le asediaban sin tregua.

La señora d'Aubier, no queriendo verse cogida de sorpresa,

como cuando Luciano la hizo sabedora de su amor por la señorita Berard, y de sus proyectos de matrimonio, vigilaba ahora atenta el corazón de su hijo, y pudo leer cuanto pasaba en él.

Cuando vió que el tiempo había desempeñado su papel habitual y llenado su tarea en este mundo la de calmar los mas grandes dolores y de debilitar los mas vivos recuerdos, volvió á sus antiguos proyectos y puso de nuevo á Luciano en presencia de Maria de Rioux.

Luciano encontró á esta jóven tal como la habia conocido.

Encantadora y graciosa á mas no poder.

No le echó ella en cara su abandono, abandono, por otra parte, hábilmente explicado por la señora d'Aubier; y, como si por instinto hubiese comprendido que no era prudente violentar á aquel corazón todavía dolorido, olvidó que era mujer, que tal vez amaba, y pareció ver en Luciano un compañero de infancia, un hermano.

No teniendo, de esta suerte, razon ninguna para alarmarse y temer faltar á lo jurado á la señorita Berard, llegó Luciano, tal vez sin de ello apercibirse, á dejarse encantar por su nueva compañera, á fijarse en su amabilidad, su gracia y su belleza actualmente en toda su flor.

¿Adivinó la señora de Sery lo que pasaba en el corazón de Luciano?

¿Encargóse el azar de hacerle sabedora de que se le encontraba demasiado á menudo en compañía de la señorita de Rioux?

¿Ó bien, no pudo resistir mas largo tiempo al deseo de hacerse presente á su recuerdo?

Sea como fuere, lo cierto es que le volvió á ver.

Tal vez tambien, á fines de su segundo año de matrimonio, fue presa de cierto desaliento.

El señor de Sery sobrellevaba muchísimo mejor de lo que

hubiera podido creerse, el régimen de vida á que se le tenia sometido.

No hay duda que se encontraba sumamente débil; empero, cierta sobrescitacion nerviosa, causada por excesos, le prestaba un vigor ficticio espantoso para las personas interesadas en su muerte.

Un médico no se hubiera engañado:

Su ciencia habria descubierto, bajo aquellos pómulos sonrosados, bajo aquellos ojos todavía vivos, y bajo aquella sorprendente actividad una estenuacion completa, un gran deterioro y los síntomas todos de una dolencia mortal.

Mas Diana y Lamí guardábanse mucho de llamar médicos á la Sauviniere, y, en su ignorancia afligianse del estado del señor de Sery, cuando á estar mas instruidos hubieran podido entonar aleluyas.

En tal disposicion de espíritu fue cuando concibió Diana el proyecto de volver á ver á Luciano.

Por prudencia, temiendo comprometerse y comprometer el porvenir, alentada sobre todo por la esperanza de una viudez próxima, habia resistido hasta entonces á este deseo.

Ahora dudaba...

En todo caso, veia la tan anhelada época alejarse todos los dias mas y mas...

Necesitaba tomar nuevas fuerzas y armarse contra el desaliento y tal vez contra las náuseas que comenzaban á invadirla.

Luciano ocupaba, en la estremidad del bulevar Delorme, un pequeño pabellon, dependencia del palacio que habitaba su madre, pero separado de este palacio por un vasto patio, y con puerta al bulevar.

En el piso bajo encontrábase su gabinete despacho donde, desde hacia algun tiempo, velaba hasta altas horas de la noche para estudiar un importante proceso criminal que la Audiencia de Rennes acababa de confiarle.

Tratábase de un propietario de Ancenis, el señor X..., acusado de haber envenenado á su suegra que tardaba demasiado en morir.

Durante la instruccion, el inculpado habia dado pruebas de tanta inteligencia, y el abogado, llamado de París para defenderle, gozaba de reputacion tal, que Luciano d'Aubier, encargado de la acusacion, no podia disimularse las dificultades de su tarea y le asustaba casi.

La culpabilidad del señor de X.... no le era dudosa; empero, tratábase de demostrarla al Tribunal, y á fin de lograrlo, no retrocedia ante fatiga ninguna.

Habia llevado sus escrúpulos hasta el extremo de convertirse, por algunos dias, en médico y químico, con objeto de estudiar los estragos causados por ciertas sustancias.

Como se suponía que el envenenamiento habia tenido lugar por el arsénico, habíase procurado una dosis de dicha droga, y, con auxilio de libros especiales, analizaba y estudiaba sus efectos.

Quería, de este modo, encontrarse en disposicion de contestar á las objeciones de los médicos llamados para la defensa y de sostener los informes de los peritos designados por el Tribunal.

Absorbido en este trabajo, en una fria velada de invierno, oyó de repente, á eso de las once, llamar á su ventana.

Atónito á este ruido completamente inusitado, levantóse de su sillón, dirigióse á la ventana y entreabriéndola:

—¿Quién vá? preguntó.

—Silencio; y abridme la puerta secreta, dijo una voz que le hizo estremecer.

Pálido, conmovido, tembloroso, obedeció.

Diana entró rápida, y, mientras él la contemplaba, sin osar todavía creer en su presencia, despojóse ella de un gran manto de terciopelo negro, completamente forrado de pieles; diri-

gióse hácia la chimenea, presentó al hogar sus húmedas botitas; despues, volvióse y sin pronunciar una palabra, contempló á su vez largo rato á Luciano.

Comenzaba éste á reponerse, y, en pié, apoyada una mano sobre su bufete, la contemplaba igualmente, sin tener fuerzas para hablarla.

No era ya Diana la jóven de antaño, de espléndida belleza, aunque todavía incompleta bajo ciertos conceptos.

Dos años habian sido mas que suficientes para perfeccionar todo lo que se encontraba sin acabar en ella todavía.

Su belleza se habia desplegado.

La flor habíase convertido en fruto.

Tambien en su *toilette* notábanse grandes cambios.

No vestía ya como una jóven sin fortuna, que intenta reemplazar por ciertos esmeros y un poco de escentricidad el lujo de que su bolsa la priva.

Llevaba un traje de alto gusto, relacionado con su actual posicion.

Un vestido de terciopelo, negro como el manto, salido del obrador de una reputada modista, hacia resaltar la elegancia de su talle, siempre delgado aunque un tanto redondeado y la firmeza de su seno que se habia desarrollado mas aun.

Unos guantes de piel de Suecia, grises, sin botones y de alta vuelta, y unas botitas de satén negro acusaban perfectamente la pequeñez de la mano y del pié.

Cubría su cabeza un capuchón de densa blonda, y de cada una de sus correctas orejas pendía una perla negra.

Las llamas del hogar iluminaban de pleno la rica sencillez de aquel tocado y todas las perfecciones de tan hechicera mujer.

Contemplándola, sentía Luciano reavivarse todos sus sentidos, y su imaginacion, despertándose de repente, buscaba ya, bajo el terciopelo que la cubría, los esplendores cuya vista le enloqueció en época anterior.